

LA INFANCIA ES POESÍA

CHILDHOOD IS POETRY

Jackeline Zapata. Universidad Nacional Autónoma de México
jackiezapata21@gmail.com

RESUMEN

La infancia es poesía es una composición poético-alegórica que lleva de camino al encuentro con la esperanza, la paz que traen niños y niñas al mundo; con la magia, la maravilla, la belleza y gloria, que para éste, es su vida. Cada niño, niña que nace en esta tierra es milagro de vida, metáfora de amor que le envuelve, es luz que le guía. Este texto invita a recordarlo. Convoa a vivir la auténtica maravilla que sería celebrarlo. El tejido textual que da resonancia a la poesía de admirables poetas como F. Pessoa, G. Mistral, O. Paz, A. Nervo, J. Sabines, A. Reyes, R. M. Rilke, E. Ochoa, S. Puentes, G. Fuertes, M. de Unamuno, entre otros-, lleva de Infancia, poesía que canta, al reencuentro con la Belleza de la infancia, y de ahí hacia la Maravilla, gracia de la infancia, tejido que exalta, celebra el amor que obra en el canto de vida de niños y niñas y concluye con la posibilidad abierta de "Dar poesía a la poesía", y así apreciar la riqueza que para la humanidad traería: La vuelta a la infancia.

Palabras claves: Infancia, poesía, maravilla, belleza, gracia, canto de vida

ABSTRACT

Childhood is Poetry is an allegoric and poetic composition that leads to the hope and peace which bring the boys and girls of the world, along with the magic, the wonder, the beauty and the glory of them. Each boy and girl being born in this land is a miracle of life. It is a metaphor of love that surrounds it and the light which embraces it. This text invites to recall it. It invites you to live the authentic sensation of celebrating it. The textual tissue - which reminisce the poetry of admirable poets such as F. Pessoa, G. Mistral, O. Paz, A. Nervo, J. Sabines, A. Reyes, R. M. Rilke, E. Ochoa, S. Puentes, G. Fuertes, M. de Unamuno, among others-, takes you from Childhood (Infancia), Singing poetry (Poesía que canta), to the encounter of the Beauty of infancy (Belleza de la infancia), and from there to the Wonder, Childhood treasure (Maravilla, gracia de la infancia), tissue which praises and celebrates love in a unique chant for boys and girls. It concluded with the open possibility Bring poetry to poetry (Dar poesía a la poesía), appreciate the richness which would bring to humanity the back of childhood (La vuelta a la infancia), hence.

Key words: Childhood, Poetry, Wonder, Beauty, Grace, Chant to life.

Preámbulo

“Cuando dices [poesía] y dices infancia, dices lo mismo”¹. Esta tesis cual alegoría poética vibra en este texto, escrito en honor a la poesía que es la vida de niños y niñas de esta tierra. Poesía que es luz de sol, luz de amor. Vida que es belleza, verdad, bondad. Poesía de vida que obra en serenidad (tangible curiosamente en el movimiento constante, juguetón de niños y niñas), que es pura sensibilidad. Poesía que es sabiduría –que alumbra en lo alto. Poesía de vida que resplandece aún más en la noche –del mundo. Y ante ello, este texto, es el tejido alegórico de una naciente *Poética de la Infancia* en reverencia a la vida de niños y niñas. Vida que envuelve a la tierra, ilumina a la humanidad, abrazándola, amparándola.

Poesía es la vida de niños y niñas, poesía que acontece en la belleza, la maravilla; la gracia que en y por ellos(as) fluye en esta tierra. Este texto celebra este canto de vida, conmemora la poesía que derrama en este mundo, amparándolo, renóvandolo cada vez. En efecto, la natalidad constante de niños y niñas ampara al mundo, sostiene a la humanidad. Les llama a la vida, envolviéndoles en su poesía. En su pureza, su inocencia, su claridad, su limpidez de corazón. Y así, en la belleza, en la maravilla, en la gracia que es su vida.

Belleza, maravilla, gracia de la infancia; claridad poética, divina, cósmica, celestial. Armonía, alegría, amor. Sí, la infancia es poesía, es poética del amor, del amor sin condición, del amor que no ofrece inmortalidad, ni salvación. “No vida eterna, sino eterna vivacidad”, decía Nietzsche (en O. Paz (1982, p. 101), y resuena, pre-sentimos, en la perenne vivacidad de la infancia. Vivacidad que regala al mundo, con la cual envuelve a la tierra entera. Pureza, inocencia, claridad, vivacidad; vida exuberante, desbordante, vida sin límites, despilfarro vital que nada, ni nadie puede domesticar –o capturar.

Pureza, inocencia, claridad, vivacidad, limpidez de corazón. Infancia, poesía, plenitud, cántico espiritual, lucidez en medio de la tiniebla del mundo. Efectivamente, la infancia como la poesía es la “fuerza capaz de revelar a la humanidad sus sueños y de invitarla a vivirlos, en pleno día”

1 Francisco Cervantes, poeta queretano, admirador de la obra poética de Fernando Pessoa, acentúa esta figura en su Prólogo “Pessoa: La infancia, la poesía y la libertad”, escrito para el libro (selección de poemas de F. Pessoa) de Rodolfo Fonseca, *Pessoa. Infancia sin fin*. México: Ediciones El Naranja, 2006, y en este texto singular *La infancia es poesía*, tratamos de proseguir su heurística, en pro de la emergencia de una *Poética de la Infancia*, y ello en aras del respeto, el aprecio, la honra de la belleza, la maravilla, la gracia de la infancia. De la reverencia a la poesía que es su vida; a su Maestría de Vida.

(Paz, 1982, p. 105).² Sí, la infancia es rebelión que no sueña: es el sueño mismo. Por ello, podemos decir que la infancia como poesía, la poesía como infancia son formas mayores de sinceridad, son la expresión vida de la autenticidad. En otras palabras, de volver nuestra mirada³ (libre de teoría) a la infancia, dejaremos que surja “el pre-sentimiento de un estado futuro, de una edad inocente” (Paz, 1982, p. 106)⁴. Y con ello en principio, el pre-sentimiento de la belleza, de la maravilla que es la infancia.

Sí, la infancia como poesía es belleza. La infancia es *lo que es bello*. La maravilla, la belleza de la infancia se revela a cada instante en los movimientos vitales de niños y niñas. Se develan en su tierna sabiduría, en su esplendor espiritual. *El Principito* de Antoine de Saint-Exúpery (1943) es muestra extraordinaria de ello. Muestra de que la poesía, el enigma, el misterio de la infancia, se revelan en la mirada llena de asombro y en apariencia ingenua de un niño, que contrasta con la mentalidad utilitarista y pragmática de la humanidad adulta.

Contraste que de manera extraordinaria devela, por otra parte, F. Pessoa: “Todos tenemos dos vidas: / la verdadera, que es la que soñamos en la infancia, / y que seguimos soñando, / ya adultos en un sustrato de niebla; / y la falsa, que es la que vivimos en convivencia con los demás, / la práctica, la útil, / esa en la que acaban por meternos en un cajón” (en Fonseca, 2006, p. 18). Ir al reencuentro de la vida verdadera, de la verdadera vida –aquella que es poesía, que es canto de poeta-niño, niña de corazón, es la invitación, el porqué de estas letras.

La infancia cual poesía, retornamos, es pureza, inocencia; comunión con lo sagrado, con la vida –verdadera. En efecto, la infancia como la poesía (trasladando aquí el decir de O. Paz para la poesía a la primera), es “testimonio de la unidad del hombre y el mundo / de su original y perdida identidad / ante todo, el de la inocencia innata del hombre...” (1982, p. 99). Así es, el niño como el poeta (cual cantor de la vida) es la revelación tangible de la inocencia, de la sabiduría de vida que brota de su sensibilidad pura, de su conexión cósmica, de su armonía serena.

Infancia y poesía, poesía e infancia; unidad inquebrantable, indescifrable, incapturable. En efecto, la infancia es poesía, porque es creación de vida, tal cual la poesía. Creación de vida, creación poética que funda mundo en esta tierra –y la honra. Al respecto Pessoa tenía ya palabras precisas, “la infancia es la esencia del mundo, de la naturaleza...”

2 Decir de O. Paz para la poesía, el cual aquí trasladamos para la infancia.

3 Mirada libre de teoría, despojada de toda voluntad de saber y poder sobre la infancia. Con esta libertad el encuentro será con la belleza, la maravilla, la gracia de la infancia.

4 Presentimiento de O. Paz para la poesía, trasladado aquí para la infancia.

de la vida (aquí agregamos). Precisión que enriqueció al afirmar que “el mundo puede existir porque todavía hay niños, porque hay infancia”. Y más aún, apuntaba “el día en el que el mundo deje de ser un infante, desaparecerá” (en Fonseca 2006, p. 5).

La infancia es la esencia del mundo –tal cual la poesía. Efectivamente, encontraremos en el tejido de este texto, que la poesía es más necesaria a los pueblos –como decía J. Martí (1975)- que la industria misma, porque si bien ésta le proporciona la sal, y los medios de subsistencia, aquella le proporciona el sentido, la fuerza de la vida. Lo mismo sucede con la infancia, ya que la humanidad de volver a ella, se reencontraría, se recuperaría, porque la infancia cual poesía –cual canto de vida-, le devuelve a cada instante el porqué vivir, el porqué de la vida.

Sí, así es la poesía, así es la infancia, ambas dejan aspirar a tocar lo sublime, ambas alumbran el mundo, antes que comprenderlo y explicarlo. De ahí que ambas se cuelen por las fisuras del pensamiento racional, de ahí que ambas sean indescifrables, incapturables. Este escrito viene a acentuar, subrayar, honrar esta singularidad de la infancia –cual poesía, cual canto de vida. Acento con el que vibra el anhelo de surcar una nueva tierra, justo en la cual la infancia sea recuperada, respetada, nunca más violentada (capturada, regulada, normalizada, administrada, colonizada) ni siquiera indeliberadamente por estudios científico-epistémicos, económico-(bio)políticos sobre ella.

Justo por el anhelo del cultivo de una nueva tierra, en la cual la infancia sea respetada, apreciada, honrada; el argumento, la alegoría de este texto invita al reencuentro de la belleza, de la maravilla, de la gracia; de la poesía que es la vida de niños y niñas en esta tierra. De ahí que el tejido textual vaya de **Infancia, poesía que canta...** a la tierra, al cielo, al sol; hermosa misión (encontraremos en este apartado) que niños y niñas cumplen, inundando al mundo de luz transmutadora, de música auroral, todo lo cual debido al don de su corazón, a su espíritu de amor... para luego ir al encuentro y aprecio de la **Belleza de la infancia**. Sueño feliz en el rostro de niñas y niños, cuyos rasgos sonríen envueltos en la esperanza. Belleza, gracia, bondad develada (mostrarán las letras de este párrafo) en la son/risa cantarina, juguetona tan propia de la infancia. Sonrisa que revela el infinito; el amor –que envuelve a la tierra

Después iremos hacia el hallazgo de la **Maravilla**, de la **gracia de la infancia**. Niños y niñas viven de maravilla, encontraremos en este apartado, por su intrínseca integración al todo cósmico, por su implícito

reconocimiento al esplendor del universo. De ahí que procuren el cuidado de la humanidad, invitando a la reinscripción en el mundo de la verdad que no es cálculo, de la bondad que no es interés y de la belleza que no es conceptual. He ahí la maravilla de la infancia cuyo destello ilumina la tierra entera; apreciaremos.

Posteriormente, llegaremos al penúltimo apartado el cual invita a **“Dar poesía a la poesía”**. Porque si la infancia es poesía creadora de belleza para el mundo, dable es corresponder. Niños y niñas son poesía porque presienten el portento, el prodigio del todo de la vida. Tienen un mundo abierto donde todo es posible, de ahí que creen poesía cuando juegan, saltan, ríen, pintan, hacen música... Y frente a ello, sí que cabría reabrir, quebrar las paredes de las aulas escolares, hasta que sean auténticas atmósferas poéticas abiertas a su inmenso potencial creativo. Situándoles así en su propio manantial de posibilidades, incalculable, infinito.

Y, el último párrafo, **La vuelta a la infancia**, expande la convocatoria abierta de este texto para volver la mirada al mundo infantil hasta encontrar el misterio profundo que le envuelve. Hasta pre-sentir como la humanidad podría recobrase apenas se dejase iluminar por ese amor que se revela en la mirada limpia de niños y niñas, por ese canto de vida que irradia para devolverle el asombro, la inocencia –perdida, demasiado pronto por la humanidad, dadas sus tristes contingencias. Y al finalizar sellamos con palabras breves, la esperanza que anima este escrito; el cultivo de una nueva tierra en la cual la dignidad de la bondad de la vida de niños y niñas de esta tierra pueda apreciarse, respetarse, celebrarse. Para así dejar que la energía de amor que fluye en cada una de sus células, resguardada en su corazón de niño-a, pueda irradiarse plenamente en esta tierra.

Antes de concluir este preámbulo, acentuamos que *La infancia es poesía* –porque es pureza, inocencia, claridad, limpidez de corazón. Belleza, maravilla y gracia de vida. Cascada alegórica intrínseca a esta composición, realizada con las letras poéticas sobre la infancia de F. Pessoa, G. Mistral, O. Paz, R. M. Rilke, A. Reyes, E. Ochoa, A. Nervo, J. Sabines, Miguel de Unamuno, S. Puentes, G. Fuertes, entre otros. Cascada que se deja oír como fondo de la proposición principal. Del trazo de una poética in-esperada, de una composición im-prevista que tan sólo llama (lejos de la ciencia que convirtió a niños y niñas en objetos-sujetos de estudio, y así a distancia del biopoder) a respetar, a cuidar de la infancia, y entonces, a cuidar de la humanidad, del mundo, de la vida.

Posibilidad inaudita quizá, empero que podría suponer la transfiguración del desierto humano en un manantial de sentido. Porque respetar la dignidad de la bondad –del don- de la vida de cada niño o niña de esta tierra, supondría aquilatar el regalo, la poesía que es su Magisterio en este mundo: su Maestría de Vida. Así es, nuestros niños y niñas, son irreductibles a entes menores, ya que son auténticos Maestros(as) de Vida en la tierra que, por cierto, renuevan a cada instante. Y, para atisbar lo inaúdito, cabe por principio, atender la significación alegórica de la *Infancia* cual *poesía que canta...*

Infancia, Poesía que Canta

Los niños, las niñas son poesía que canta. Son poesía sonora y colorida. Son danza, vuelo, cielo y sol. Poesía inundada de luz y color. Poesía que multiplica sueños porque es música auroral, viva imaginación, celeste canción. La poesía es arcoíris que “...despierta en las sílabas, asombrado de pájaros y soles, un transformador de la piedra en ave, de la sed en río, de la palabra en canto” (Puentes, 2001, p. 1). Y, como tal, niños y niñas, son poesía, arcoíris de color, luz que ilumina el día; juego, alegría transmutadora, encantadora. Ah, la infancia, es ciencias, proyectos, políticas, pronto podrán preverlo. Porque a la infancia cual poesía que canta, no se des-cifra, sino que se siente.

Y quien puede pre-sentir el enigma, el misterio de la infancia, puede hablar de ella –con consideración, atención y respeto. Alfonso Reyes es uno de ellos, quien precisamente un buen día escribió “No cabe duda: de niño a mi me seguía el sol, andaba detrás de mí, como perrito faldero, despeinado y dulce, claro y amarillo. Ese sol con sueño que sigue a los niños” (Reyes, 1932). Para hablar de la infancia, para hablar con los niños y las niñas, tendríamos que apreciar su luz, la luz del sol que resplandece con ellos en su alumbramiento, con su nacimiento. Y que irradia con ellos en sus primeros meses, sus primeros años. Inextinguible luz... en su vida entera.

Sí, los niños y las niñas iluminan la vida de todos los seres de su entorno, con su alumbramiento. Ellos(as) llegan y su luz inunda la tierra. ¿Será que éste es el indicio de su posibilidad de transformar el mundo, de recrear la historia? ¿Será la muestra de la gracia que es su vida? Ahora que frente a ella, es dable subrayar que no cabe el estudio epistémico-político, sino el canto al *caro bambino*, v.gr., como los sensibles compositores Schubert / Melichar, lo hicieron:

*“Dormi, dormi / sogna, piccolo amor mio / dormi, sogna / posa
il capo sul mio cor / Mille cherubini in coro / ti sorridono dal ciel
/ Una dolce canzone / t’ accarezza il crin / Una man ti guida lieve
/ fra de nuvole d’or / sognando e vegliando / su te, mio tesor /
proteggendo il tuo cammin /su te, mio tesor... / dormi, dormi...
/ chiudi gli occhi / ascolta gli angioletti / dormi, dormi / sogña,
piccolo amor mio”*.⁵

La infancia es poesía que canta –a la tierra, al cielo, al sol. Quienes son madres o maestras lo pre-sienten, por ello también cantan “duérmete, niño de cuna, / duérmete, niño de amor, / que a los pies tienes la luna / y a la cabecera el sol” (Celaya, 1952, p. 258). Canto de quien justo presente que la infancia cual poesía no separa lo divino de lo humano, ni de lo natural. Porque poesía e infancia son sinónimo de armonía entre lo humano y la naturaleza. Armonía⁶ que se alumbra *per se* por la luz del amor –divino. Por ello, la infancia como la naturaleza es artista, creadora perenne de vida, creadora de mundo. Un mundo que es arte, creación, obra de arte que se auto crea a cada instante. Su justificación es su propio juego. “Juego de mundo, juego de artista, juego de niño” –decía Nietzsche (2001, p. 14) y nosotros con él.

Niños y niñas, artistas por naturaleza, quienes al crecer irradian, cada vez, más luz, alegría, paz, sabiduría, amor –en suma. Sí, los niños y las niñas en esta tierra, son el mensaje vivo, pleno del Amor. Ellos, ellas son Amor, amor que da, que es don, gracia celestial. Son Amor, amor que es *ruah*, poema, vida. Por ello, son regalo excepcional. Nuestros niños y niñas son luz de sol, tanto que –como dijera Amado Nervo (1969)- se funden “...con el rayo matinal”, al grado “...que con la luz se confunde su silueta de cristal”. Nuestros niños y niñas son el cielo al sonreír –por vez primera y también después. Y cuando lo nombran “el cielo azul, la nube blanca, la luz de la mañana se meten en el pecho, hasta volverlo cielo y transparencia” (Paz, 1998).

Sí, cuando los niños hablan, cuando levantan su voz, son vuelco constante del corazón. Y, por otro lado, la mirada de nuestros niños y niñas –también lo es-, mirada azul, verde, negro, café de cristal, mirada,

5 Franz Schubert compuso en 1816 el *Wiegenlied* (canción de cuna) “*Schlafe, schlafe, holder, süßer Knabe*” (Duerme, duerme, dulce niño), D 498, Op. 98, No. 2. El texto fue atribuido a Matthias Claudius, si bien no aparece en sus obras completas por lo que figura como anónimo. En 1935 Alois Melichar hizo un arreglo de esta composición inspirándose en la música incidental *Rosamunda* de Schubert, con un nuevo texto y el título de “*Mille cherubini in coro*” para la película *Vergiß mein nicht* (No me olvides).

6 Armonía invisible, insondable, impalpable... [la cual llena] de inteligibilidad la faz de la tierra (Paniagua, 2007).

que como dijera una gran poetisa mexicana, “amanece fresca”, porque es “agua del corazón” (Ochoa, 2002, p. 184). La sonrisa, la voz, la mirada de nuestros niños y niñas en sus primeros meses, sus primeros años, son poema, canto. Danza de vida, más aún, al sostener por sí su cabeza, al sentarse, al gatear, al caminar –y luego al correr, saltar, brincar, jugar y jugar.

Niñas y niños son “el amor que no tiene remedio, y sólo quiere jugar” (Sabines, 1998, p. 220)⁷. Juegan, juegan y juegan en su mundo astral, un mundo que cual tronco enorme deja que en sus ramas crezcan frutas de los astros, y hojas de las estrellas... Quizá por ello alguna vez se preguntan, apreciamos con G. Mistral (2004, p. 18):

“¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar

¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!”

Ronda infinita es la infancia poética. Ronda a orillas del mar, al pie de los montes, al interior de los bosques, al interior de su mundo que es maravilla vital. Infancia, ronda, juego de niños y niñas. Juegos de poetas, juego de artistas. Jugar, jugar y jugar en ello les va la vida. Jugar es su herramienta vital. La naturaleza la otorga a los niños(as) para cumplir el papel de formarse, de ahí su inclinación espontánea al dibujo; a la delicadeza y esplendor extremos de los colores, a la nitidez de la línea; al juego creador... De ahí su entusiasmo por la música, por el matiz

⁷ “Digo que no puede decirse el amor” –es el nombre del poema Jaime Sabines para el amor, del que tomamos este fragmento, que cual traslación poética nos permite aquí referir al amor juguetón que son niños y niñas.

del sonido... por el arte de la aurora, que también ellos(as) son para el mundo. Y no es casual que el corazón de niños y niñas sea un enjambre de música.

Los niños son compositores originales, son directores de orquesta excepcionales. Su lenguaje musical es sinfonía poética, es sonido encantador. Su lenguaje poético es indevaluable. ¿A qué *episteme* se le ocurriría evaluar el lenguaje infantil? No, al lenguaje, a la voz de los niños, hay que elevarles, exaltarles, porque es música que viene del corazón. Y en el corazón de niño(a) sólo hay amor, ternura rebosante –que irradia en su mirada cálida, inocente. La ternura de la infancia se muestra justo en la *apertura del suo cuore*, y así, en su flexibilidad, su permeabilidad, su *amorevolezza e benevolezza*. Y también en su sinceridad, su nobleza de ánimo, su generosidad, su cordialidad. En su justo humor y, en su creatividad. Por tanto en su libertad. En su poética libertad.

La humanidad pierde su infancia, cuando las contingencias sociales, culturales, históricas, políticas, económicas transforman el corazón, en cer-razón, en dificultad de vivir en la ternura, de comunicarla, de recibirla. Y así, en la forja de los caracteres opuestos a la sinceridad, la responsabilidad, la nobleza de ánimo, la generosidad, la cordialidad, el respeto, la confianza, la creatividad, la libertad. La humanidad pierde su infancia al perder la posibilidad de crear... belleza –para dar/la al mundo, a la humanidad, a la vida; y así de vivir en plenitud, es decir, en libertad.

La humanidad tan bien dotada se torna inválida cuando ya no puede poner <a danzar su corazón>, cuando no puede poner <a cantar su corazón>, cuando ya no puede <poner al viento a volar [su] corazón>. ¿Valdría la pena volver la mirada hacia la infancia –y así, hacia la naturaleza, hacia el cosmos? Gabriela Mistral, sí que lo hizo, ¡y qué encontré, o mejor dicho, pre-sintió!

“Los astros son rondas de niños
Jugando la tierra a espiar...
Los trigos son talles de niñas
Jugando a ondular..., a ondular...

Los ríos son rondas de niños
Jugando a encontrarse en el mar
Las olas son rondas de niñas
Jugando la Tierra a abrazar”

Hermoso pre-sentimiento de una madre excepcional; una maestra especial, una gran poetisa del Abya Yala, *Todo es ronda* (Mistral, 2004, p. 101). Sí, todo *lo que es y lo que no es*, es... danza infinita de creación y, vacuidad. Todo *lo que es* rebosa en lo más íntimo de la humanidad, en lo más precioso de ella misma, en su infancia. Y, *lo que es*, es vida –inocente–, tal cual la infancia; tiempo de pureza, claridad, limpidez, de ahí que desde ella sí que se alcanza ver más allá, hasta observar la posibilidad de ser el mundo en su totalidad, como en otras palabras apuntara Paniagua (2007). La humanidad entera podría tener esta mirada de largo alcance... “si se limpiaran las ventanas de [su] percepción, todas las cosas aparecerían tal cual: infinitas” (W. Blake, en Paniagua, 2007, p. 2). Si hay un momento en la vida del ser humano en que puede ver las cosas tal cual, sin velos, es en la infancia.

Es así, porque la infancia vive el reino de lo liviano, de lo transparente, lo diáfano, lo cantarino. Y no es que el niño viva absorto, él sabe que hay cortes, desgarramientos tajantes en la vida. Sí, hemos de decirlo, si un niño es irrespetado (la trama epistémico-política-económica que descuida la vida, al tratarlo como simple objeto de conocimiento, como <niño en desarrollo>, como <capital en potencia>, lo maltrata más que irrespetar...), golpeado física, psíquica o espiritualmente... casi nada impedirá que sufra las consecuencias de tales acciones. Sin embargo, y esta es nuestra esperanza, nada impedirá, por otro lado, que siga teniendo una visión limpia del mundo. Visión, que no sin tristeza apuntamos, a veces, lágrimas incesantes se encargan de limpiar. Recordemos nuevamente a F. Pessoa (en Fonseca, 2006, p. 31)

“Dios me creó para niño, y me dejó siempre niño
 ¿Pero por qué dejó que la vida me maltratase
 y me quitase los juguetes, y me dejase solo
 en el recreo, estrujando con unas manos tan
 débiles el delantal azul sucio de lágrimas incesantes?”

No hay duda, los niños, son excelsos poemas, pero también sienten hambre, frío, sed, miedo, y sí que sufren maltrato (vital, dada las no deseables tentativas biopolíticas y epistemicidas), e incluso dolor extremo. De ahí el giro de este texto hacia una poética de la infancia, que comprometa a la humanidad adulta a crear las condiciones para que esas experiencias no sucedan más, para miles, millones de niños en el mundo. Niños y niñas sufren en este mundo, empero, también es cierto que ellos(as) asimilan esos eventos (en situaciones no límite),

en una configuración diferente a la de los adultos. Si los eventos duros pueden cambiar la sonoridad del tiempo del mundo, de la vida, sus pausas... si bien, ninguno puede tener la fuerza para romper la poesía de la infancia. “Los ojos de la infancia, la mirada límpida que encuentra en la rima del mundo, su cadencia perenne, trastocan los pasajes (duros de la vida) de modo tal que esas fracturas no alteran la rítmica canción universal” (Paniagua, 2007, p. 4).

No hay duda, la infancia es principio activo del mundo. Lo mejor de todo, en este mundo, es ser niño (o niña). Más aún, lo mejor del mundo, es su infancia. “Grandes son la poesía, la bondad y los bailes.../ pero lo mejor del mundo son los niños” (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 55). Por ello, cabe cuidarles, desde su alumbramiento en la tierra. Hay que recibir a niños y niñas recién nacidos(as) como corresponde. Hay que abrigoles, acogerles y abrirles todos los espacios para que la verdad que traen consigo, pueda acaecer. Y entonces el mundo transformarse, recrearse en la luz de la infancia, en su inocencia, su claridad, su limpidez. La infancia, es cabe apreciarlo, gran maestra de la humanidad.

El niño es el padre del hombre –decía Pessoa. La niña es su madre, podríamos decir en analogía. “No hay tristezas / ni alegrías / en nuestra vida / Sepamos así, sabios incautos, / no vivirla, / pero recorrerla, / tranquilos, plácidos, / teniendo a los niños / por maestros nuestros, / y con los ojos llenos / de Naturaleza...” (Pessoa, en García, 2007). Con los ojos llenos de la naturaleza artística, tal cual lo es la *natura* para los niños. Sí, decimos con Nietzsche, la naturaleza es arte que posibilita la vida, la estimula, la cura, la salva. He ahí su aspecto redentor. La naturaleza es arte indispensable para vivir –dado el carácter horrendo y problemático de la existencia, también decía el filósofo, quien pre-sintió el fondo inherente al <nacimiento de la tragedia> –en este mundo.

Los niños, las niñas son maestros, maestras de la humanidad porque son artistas, porque son creadores de belleza –para este mundo. Y, sí como decía Pessoa “más vale ser niño que comprender el mundo” (2003 p. 93), quien así expresaba su profunda nostalgia por aquello que parece inaccesible, y quizá cabría agregar, por lo inexorable, por el ineludible dolor del mundo. Empero, justo, la infancia nos muestra que a pesar de todo ello, la vida es incuestionablemente hermosa. La niñez feliz y resuelta es señal, indicio de sensibilidad creativa. Por ello, su vida canta a la tierra, al cielo, al sol. Canto transmutador del dolor de un mundo que sin apreciar su canto, tiende a su maltrato.

La infancia es canto de vida, canto de la gracia, en virtud de lo cual la infancia es amparo del hombre –y no viceversa. Porque la infancia

es la alegría de esta tierra. Así que cabe dejar jugar a los niños, porque “cuando los niños juegan / (cuando se les oye) jugar / algo dentro del alma / se comienza a alegrar...” (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 21). La infancia cual poesía que canta trae al mundo olas de alegría para el alma humana, para el corazón. El júbilo, el gozo con el juego, el deseo y la capacidad de crear e imaginar... traen al mundo libertad. Lo tornan sensible; “y así en los rieles / gira, dilatando la razón, / ese tren de cuerda / que se llama corazón” (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 8).

Dejad jugar a los niños, porque en su juego hay misterio, aquí incapturable por la misma filosofía. Apreciémoslo poéticamente nuestro admirado Pessoa (en Fonseca, 2006, pp. 56-57)

“Niño desconocido y sucio que juegas en mi puerta,
no te pregunto si me traes un recado de los símbolos,
Me haces gracia porque nunca te había visto antes,
y, naturalmente, si pudieras estar limpio serías otro niño,
no vendrías aquí.

¡Juega con el polvo, juega!

Aprecio tu presencia sólo con los ojos.

Vale más la pena ver una cosa siempre por primera vez
que conocerla, porque conocer es como no haber visto nunca
por primera vez, y no haber visto nunca por primera vez
es sólo haber oído contar.

La manera de estar sucio de este niño

es diferente de la manera de estar sucios otros

¡Juega! Si coges una piedra que te cabe en la mano,

Sabes que te cabe en la mano.

¿Qué filosofía es la que llega a mayor certidumbre?

Ninguna, y ninguna puede venir nunca a jugar a mi puerta”

La infancia es poesía que canta, es música auroral. Entusiasmo total. Así es la música, así la infancia, dado su despilfarro, su desbordamiento vital. Vida que resplandece. Vida que es luz y sonido estremecedor. Flujo continuo de la melodía, de la armonía incondicionada que es la vida de niños y niñas. Vida que es arte. Niñez artística unida totalmente al uno primordial que es música vital. Vida cual melodía luminosa. Vida triunfante, alegría primordial, que es –en giro perfecto- el seno materno común de la música que por sí, deja girar, girar y girar, cual esfera excepcional.

La infancia es poesía que canta. Si la infancia es musical, porque este lenguaje primigenio es el que emana de su corazón. La poesía de la infancia comienza en el dominio de la música. En el dominio en el que el espíritu de amor que cada niño, niña es, transmuta lo horrible del mundo. Dominio artístico de quien sonríe y juega –en paz, en la removida, pero serena armonía infantil. No hay duda, la infancia es la esperanza del mundo, es la que lo re-crea cada vez, la que lo torna bello.

La infancia cual poesía que canta, es luz y sonido de elucidación infinita. Luz y sonido indescifrable en su magia. La infancia es poesía, es sabiduría, serena majestuosidad de tono dulce y alegre. Infancia dulce y serena frente al mundo –de ahí su movilidad constante, su despilfarro vital. Movimiento perenne, jugueteón creador simple y sencillamente, de belleza, de felicidad. Y frente a ello cabe, la admiración, la reverencia adulta, jamás el estudio, o la investigación epistémica que la convierte en objeto –del biopoder, de la biopolítica desleal a lo más propiamente humano.

Sin, duda, mejor que a la filosofía, a la epistemología, a las ciencias de la instrucción, a las políticas de la infancia, cabe admirar a las pompitas de jabón... justo porque, volvemos a Pessoa: “Las pompas de jabón que este niño / se entretiene en soltar de una pajita / son translúcidamente toda una filosofía. / Claras, inútiles y pasajeras como la Naturaleza, / amigas de los ojos como las cosas, / son lo que son / con una precisión redondita y aérea, / y nadie, ni siquiera el niño que las suelta / pretende que sean más que lo que parecen ser” (Pessoa, en Fonseca, 2006, p. 53).

Infancia, poesía que canta –a la tierra que da vida, al brillante cielo de luz, al sol que ilumina el día. Canto de vida, canto de amor con el que niños-poetas, niñas-artistas crean belleza para envolver –en su dicha- al mundo, a la humanidad entera. ¿Esta verdad tan nuestra podría ser legible –en esta tierra? ¿Que sería de la infancia, de la humanidad, si tan sólo recordara lo que aquélla es; poema, belleza y maravilla, excepcional?

Belleza de la Infancia

La infancia como poesía es belleza, sueño feliz, sonrisa, esperanza. La infancia es *lo que es bello*. Es belleza porque es la excelencia por sí misma. Se muestra por sí sola, se hace patente directamente en la sonrisa de niños y niñas, v.gr. Sonrisa que es fruto de su armonía, aquella que deriva de su conexión con la tierra, el cielo, el sol. La infancia es bella porque en ella no hay escisión que superar. Niños, niñas experimentan, viven la belleza de la naturaleza, del cosmos en su conjunto. La belleza

de la infancia deviene de su armónica inmersión en el todo. Belleza, armonía, *gracia* de la infancia.

La gracia de la infancia, ¿qué cosa extraña es esa? Si la buscamos, como incesantemente lo hizo F. Thompson en *Corruption in Paradise* –al decir de R. Kuhn y A. García (2007)–, la encontraremos y el hallazgo puede producir asombro porque encontraríamos *lo qué es ser niño*⁸. Una pista nos la puede dar, por otra parte, *El Principito*, el niño leal a una flor, lealtad que, ‘sin saberlo’, le valía para que <sus ojos parecieran lámparas y apareciera una fuente en el desierto>. Así es, la belleza, la gracia de la infancia la encontramos en... su bondad. Sí, en esa cosa aún más extraña que tiene que ver, con el corazón, y en absoluto nada que ver con los números, los relojes, los gobiernos, los reinados, en todo aquello que han inventado –para no cuidar flores–, los señores del miedo, del poder, y del terror.

La belleza, la gracia de la infancia, en efecto, se encuentra en ese “... bosque de hayas dibujado sobre una alfombra de seda que revolotea al ritmo de una flauta mágica” (Herrero, 2009, p. 1), que se llama bondad⁹. Es indudable, a niños y niñas la bondad les sale por los ojos y por sus sonrosadas sonrisas. Justo porque como los poetas, los místicos y santos “tan colmados están de ver el sol cada mañana que les rebosa la alegría y necesitan esparcirla como la primavera” (Herrero, 2009, p. 1). Si en medio del inmenso ajetreo del mundo nos detuviéramos para encontrarnos con los niños, las niñas, cara a cara, hasta apreciar su mirada, hallaríamos que sus ojos reflejan tan cristalina bondad, que nuestro tambaleo interno, sí que nos haría tropezar.

Sí, la bondad es luz diamantina. Sabido es que San Francisco de Asís tenía los ojos tan vivos que el mundo parecía más cálido en su presencia. Y no hay duda, la madre Teresa de Calcuta, v.gr., destellaba a kilómetros porque su presencia era nobleza plena, de bondad. Y sí, la bondad destella en los ojos de niños y niñas por que ésta es totalmente ajena a la moral que es norma, que ahoga y encarcela. Niños y niñas tienen por gracia a la bondad. Un don que no se adquiere con monedas o con títulos nobiliarios académicos porque es un don del corazón. Sin duda, hay sólo una meta más deseable que la genialidad, la luminosidad,

8 Reinhard Kuhn en *Corruption in Paradise*, afirmaba que F. Thompson se conformó con una pregunta ligada entrañablemente a su incesante búsqueda de la gracia: ¿Acaso sabes lo qué es ser un niño? Es algo muy diferente del hombre de hoy... Es convertir (...) la nada en todo”. ((Thompson / Reinhard, en García, 2007, p. 5).

9 Trasladamos aquí el decir de M. Herrero para la bondad como expresión de la belleza, la gracia de la infancia (por nuestra parte).

la bondad del corazón. Por ello, llegar a ser como un niño –de corazón limpio, transparente, puro, sabio y extraordinariamente solidario-, podría ser la gran meta de la humanidad.

¿Será que la bondad es paciente? Sí que lo es, ya que al parecer siempre aguarda al otro lado del caparazón. Con asomar un poco las antenas, se pre-siente. Ah, la bondad, la gran búsqueda de la humanidad. Ojalá no se la negara más. Está en todas partes, sólo que –generalmente- no se la ve. Si bien, se exige y cuando llega, se le rechaza, “incapaces de asumir que viene gratis, como la vida” (Herrero, 2009, p. 2). La vida de niños y niñas en el mundo es muestra de este regalo. De poder apreciarlo no harían falta las ideologías. De poder apreciar el amor que es bondad, seguramente restauraríamos en nosotros sus colores con tonalidades y brillos nuevos para pintar nuestros ojos de alegría .

La bondad, sí, es frágil como *El Principito*, como cada niño, niña de esta tierra. Es frágil, por un lado, pero por otro, es la fuerza, cual donosura que les sostiene. Fragilidad, no debilidad, sí esa es la característica del tejido más íntimo, más propio del ser humano en el que arraiga la libertad. La libertad poética, la libertad de quien es de otra forma que ser –egológico. De quien es, por justicia poética, niño, niña de verdad. La bondad todo lo armoniza y de modo incondicional. Con ella la vida se llena de paz. Gran mensaje para la humanidad trae cada niño, niña que recién ha llegado al mundo, mensaje que brilla con un inocente, con un original rocío. Mensaje de la gracia, de la bondad, que cual poesía puede revelarse luminosamente en cada cual.

La belleza, la gracia de la infancia –encontrada en la bondad de su vida, en la bondad de su corazón- es luz incesante. Es sonrisa que se niega a morir. En la bondad de la sonrisa de niños, niñas está su aporte al mundo, a la vida. Parecería un aporte minúsculo, pero resulta que “lo pequeño crece y crece como aquel minúsculo guijarro arrojado a un estanque, (el cual forma) un bello círculo que se expande en ondas (que se multiplican) hasta llegar a la orilla y retornar con sutil y silencioso movimiento” (Meza, 2010, p. 10). Sin duda, en lo infinitamente pequeño –de la sonrisa de un niño- se encierran grandes misterios y verdades, ¿acaso la semilla, preguntamos con Meza, no es pequeña y da vida a gigantescos fresnos, robles y araucarias? ¿Dónde mora la esencia de la semilla? ¿Dónde mora la esencia de la sonrisa de los niños? Al abrir la semilla se encuentra el infinito, y al seguir el horizonte de la sonrisa infantil encontramos la morada del infinito, el corazón de quien sonríe.

Encontrarnos con el corazón de un niño, es encontrarnos con la belleza. Es reencontrarnos en su luz. Ésta es la posibilidad de la sonrisa, de la ternura de la infancia. Sonrisa tierna, haz de luz, música, arte de la aurora –de la humanidad. En la sonrisa tierna de niños y niñas, en su sonrisa de corazón se muestra su fuente, el Amor, su verdadero padre y madre, su luz, su casa, su infinito; la fuente inagotable de la que provienen. De ahí la belleza. De ahí su gracia –celestial¹⁰. De ahí la armonía vital de la sonrisa tierna de niños y niñas. Armonía que se expande en la risa cantarina de grupos de niños que viven jugando, que jugando viven. Son/risas tiernas, dulces son/risas, portento de sinfonías, sin fin. Armonía, bella música, la más bella, no de instrumentos musicales, sino de corazones angelicales.

La belleza de la infancia recuerda el infinito; palpable en la sonrisa de niños y niñas, incluso en aquella procedente de caritas que con lágrimas sonríen como rememorando ciertas dulzuras –al parecer inalcanzables, en momentos críticos- aquél infinito que haría girar al mundo respecto de ese otro de la historia humana “que se acogió al miedo para sobrevivir, olvidando que era del corazón del Amor de quien se debía asir” (Meza, 2010, p. 28). La infancia es belleza –de corazón- y, entonces, armonía misteriosamente in/audible. Es energía inagotable, porque es amor juguetón. Amor juguetón es cada niño, niña que ha llegado al mundo, amor travieso que sólo vino para amar, jugar y *sonreír*.

Amar, jugar y *sonreír* es la bella misión de niños y niñas. Por ello, sus juegos son fiesta real, donde los invitados de honor –al banquete de la alegría- son sus padres, sus profesores, la humanidad entera. Niños, niñas han venido al mundo no a dañar, sino a crear jugando; han venido a *sonreír*. Cabe dejar que su sonrisa permanezca, que su alegría se expanda y transmute la tristeza del mundo. Cabe dejar que la energía de la infancia lo ensanche. Los niños son luz en movimiento incesante –al compás sabio del cosmos. Los niños, las niñas, son seres celestiales, divinos, cósmicos –es urgente recordarlo.

La belleza de la infancia es canto fraternal, es paz, salud, alegría infinita. ¿A qué viene tal rememoración? Ya lo decíamos antes. Si un niño es el que canta, el que ama, es que quiere una humanidad libre –para cuidar de sí, para cuidar el cuerpo, el alma, el espíritu. Los niños quieren una humanidad luminosa, que sea lo que es, luz, magia cósmica que juega, que canta, baila y *sonríe*. La infancia es luz, es música de amor,

10 La infancia se acerca a un estado natural, próximo a la divinidad: “Es el Eterno Niño, es el dios que faltaba. / Es lo humano natural, / es lo divino que *sonríe* y *juega*”. (Pessoa / Caeiro, en García, 2007, p. 59)

del Amor que el mundo, tiempo ha, pareciera no ve, no oye. Si, por ello, la infancia es confianza, alegría, ausencia de temor. A niños y niñas les encanta hacer felices a sus seres amados, les fascina la armonía, la dicha, la salud, la sonrisa. Esos tesoros que no se compran.

La infancia es la belleza que deja patente que la vida es juego y que hay que jugar, que hay que divertirse, que hay que ser felices. Quizá por ello F. Pessoa, un día recordaba y escribió: “Venía por la ladera de un monte / hecho niño de nuevo, / corriendo y revolcándose por la hierba / y arrancando flores para después tirarlas / y riéndose para que se le oyera lejos” (En Fonseca, 2006, p. 50). Correr, saltar, reír: inmensa tarea para la humanidad. Para aquella humanidad cuya vida sería sólo le ha conducido a la desilusión, al trastorno del mercado, a la locura de la política extrema, a la competencia desleal, frustrante, a la indiferencia. Por ello cabe recordar como lo hace un gran lector de F. Pessoa, “la vida es un juego, un juego hermoso, una oportunidad maravillosa de [florecimiento] total...” (García, 2007, p. 74).

La belleza de la infancia es muestra de esta hermosura. En efecto, la infancia es poesía bella, es bello poema de vida en la tierra. La infancia es belleza porque es vida, plena, porque es luz, esperanza, porque es el cosmos mismo en movimiento. Y porque como tal es armonía, *gracia* vital. Gracia, belleza, sonrisa de la infancia, sobreabundancia de energía, sobreplenitud, entusiasmo, sentimiento de placer de (y por) la existencia, de y por la vida. Infancia es belleza, es inocencia, gracia, es “...maravilla que destella en quien se maravilla”¹¹ (Gabilondo, 2008, p. 169).

Maravilla, Gracia de la Infancia

Sí, la gracia de la infancia es maravilla. Maravilla frente a la que cabe maravillarse. Niños, niñas son maravilla que viven... maravillándose de todo *lo que es*. Más aún, como encontramos en el párrafo previo, *ser niño-a es convertir la nada, en todo*¹². La vida de niños y niñas, como de la de los poetas, despunta en y por la admiración, por la maravilla. Cada niña, cada niño, comienza –como el poeta- maravillándose de que las cosas son, de que el mundo existe –y que es quizás, espléndido. Así es el mundo, aunque a menudo atroz, en el fondo, enigmático. Sin duda, los niños, las niñas viven de maravilla –en lugar de vivir del miedo, como los adultos¹³.

11 Decir filosófico de A. Gabilondo en torno a lo que es maravilla, el cual aquí trasladamos para la infancia.

12 En su incesante búsqueda de la gracia, este fue el hallazgo de F. Thompson, como previmos en el anterior apartado.

13 No es difícil reconocer, de acuerdo con el filósofo español aquí implicado, que la humanidad

Niños y niñas viven maravillándose ante la presencia del mundo. Viven de maravilla porque su mirada es de alto alcance sobre las cosas. Es así, porque su vida –bella- es inmersión en el todo, de ahí su actitud que no es gesto, desconcierto, sorpresa, sino compromiso entero, itinerario permanente, plena experiencia. En tal sentido, la niñez es encuentro con lo que es prodigio, lo admirable, con lo enigmático, con el milagro de lo natural. Los niños, las niñas copertenecen a ello, no asisten tristemente al acaecer de la vida. De asistir como los adultos, lo harían en un mundo tecnocrático, tecnificado, mercantilizado –el mundo de <la muerte fría>.

La copertenencia de la infancia a la vida, al todo cósmico, supone irrupción en el tiempo, porque la infancia es apertura que da tiempo, tiempo de recreación. Por ello, el horizonte de la infancia no es el del placer sino el de la dicha, el gozo –por el respeto que supone a la vida. Respeto que es vida abierta al juego, a la recreación, a la inmensidad del mundo. Vida abierta a los congéneres, los otros niños, *fratelli* con quienes naturalmente se puede jugar, reír, cantar –he ahí la seriedad de la infancia. He ahí el cultivo humano, fraterno. Cabe recordar aquí, cuán naturalmente un niño al encontrarse con otro, se encuentra con un amigo, con quien jugar, jugar y jugar –y en ello sí que les va la vida. Y, esto, sin mayor filosofía, sin trascendental política, sin gran religión.

Tal el alcance de la vida bella –de la infancia... Vida que prodiga luz, alegría, paz, sabiduría; amor, inmenso amor al mundo. Vida bella (que al decir de Gabilondo respecto de la anhelada vida plena de la humanidad, la cual aquí encontramos, es lo propio de la infancia) que supone una manera de ver el mundo, que intrínseca y constitutivamente considera su copertenencia al todo cósmico y a la comunidad humana. Vida que es ya cierta superación y desbordamiento de sí. Es una manera de vivir –de maravilla- para la que no es necesaria discursividad teórica por impecable y sugestiva que fuese. Vivir de maravilla, lo propio de la infancia, es viable dada la apertura que viene de su conexión cósmica, de su conexión ética, fraterna. Haciéndose cargo de lo que corresponde; jugar, sonreír, vivir plenamente.

La infancia vive de maravilla porque es reconocimiento implícito al esplendor del universo. Por ello, niñas, niños, viven –como dijera

–adulta- desenvuelve su vida en ámbitos de miedo. Esta labra la existencia cotidiana, tejiéndola de medianía, la cual suele adoptar la forma de una aparente placidez. Por ello cabe el cuidado respecto de “...el terror organizado, sistematizado y acelerado, el terror decretado (...) La libertad asegurada, garantiza algún modelo de guillotina, al imponer un terror articulado, (...) el terrorismo de la abstracción (v.gr.). Su actividad es la ejecución y su única obra, la muerte fría...” (Gabilondo, 2008, p. 161)

Gabilondo para quienes en general en verdad viven- “...sienten el vértigo de ser una parte del todo, a la par, que de la belleza de las cosas más humildes” (2008, p. 166). La infancia es acontecimiento vital en este mundo, porque niños, niñas llegan a él para procurar el cuidado de la comunidad humana. La infancia viene a procurar la vuelta a sí y a los demás –por parte de la humanidad adulta. La vuelta de la humanidad a su infancia. A eso insta la maravilla de la infancia... al reencuentro de la reinscripción de la verdad, la bondad y la belleza en este mundo. Al reencuentro de la verdad que no es cálculo, de la bondad que no es interés, de la belleza que no es conceptual.

Sí, los niños como los poetas viven en y por la maravilla, por la maravilla que les impele a vivir ilimitadamente, que les impulsa a crear... belleza, sin par. Creación de belleza tangible en cada uno de sus movimientos, en cada una de sus sonrisas, en cada juego, en cada movimiento vital. Sí, los niños son creadores inefables, creadores de universos, quienes vienen a recordarnos que cada ser humano es creador de su vida. Tal responsabilidad es enorme, por ello mejor se olvida, por ello, la distracción de la historia humana. Recordarlo, admitirlo haría decaer la arrogancia del yo, del sujeto, de la conciencia, porque tal rememoración es responsabilidad, es compromiso ya no sólo consigo mismo, sino con la tierra, con el cosmos. La ascunción conlleva humildad, sencillez de corazón.

La sencillez de corazón es la esencia de la infancia. Por ello viven de maravilla, se maravillan ante la presencia del mundo, porque presienten el misterio de su existencia. Vivir de maravilla, maravillarse de todo lo que es, es lo propio de la vida bella –de la infancia. Vida bella... que en nada tiene que ver con <una malsana paz del alma> sino con el cuidado que su vida, ya decíamos, viene a prodigar al mundo. Sí, los niños aún en sus travesuras prodigan cuidado a la vida. Esta maravilla la apreciamos con un admirable poeta (político y pensador) cubano, en la letras que aquí traemos, “iba un niño travieso / cazando mariposas, / las cazaba el bribón, les daba un beso, / y después las soltaba entre las rosas” (Martí, 2001, p. 17).

Las travesuras de los niños tienen un fin, hacer sonreír al mundo, llenarlo de luz, ahí donde la desilusión, el crimen, la mentira, el desfalco, la política totalitaria son banderas. Las sonrisas traviesas de niños y niñas tienen el propósito de convertir el mundo de la incomprensión, de la apatía, del miedo, de la incomunicación, del desgano, de la indiferencia,

del desánimo, en bello jardín. Convertir al mundo de la muerte fría, en un mundo con vida, con entusiasmo, con júbilo creador.

Los niños, los principitos de este mundo, anhelan un nuevo planeta. Por ello, uno tras otro, viene(n) a crear un mundo de Amor. Un mundo en el que la economía de los unos no se sobreponga a la de los otros –sino una solidaria, con la cual la humanidad cuida de sí. En el que la justicia no sea cuestión de porcentaje, de reciprocidad o equivalencia en positivo o negativo; que no sea formal, sino poética, amorosa. Un mundo no basado entonces en la miseria, la explotación y el abuso material o ‘espiritual’, sino en la solidaridad, en la fraternidad, en la paz. Los niños, las niñas anhelan un mundo saludable, radiante, en el que quepa jugar, jugar y... sonreír. Y vale recordar que el juego de los niños, no es de destrucción, sino de creación, llena de amor.

El mundo de los niños el cual a diario re-crean es el de la alegría. De la esperanza, la justicia, la confianza, la solidaridad. Un mundo de misericordia, justo con una *humanidad de corazón*. Ese mundo encantador es mágico, luminoso, dorado como el sol. Pleno de la maravillosa portentosidad amorosa de la creación. Los niños son creadores de movimientos, de lenguajes, de juegos. Son creadores de alegría; y entonces, de vida, ni más, ni menos. En ello está el portento, el prodigio; en otras palabras, su sencillez. Su sagrada inocencia.

Crear alegría es el quehacer permanente de la infancia. Crear alegría es tarea de vida. Ah, los niños, las niñas, príncipes y princesas, más reales que la realeza. Niños y niñas, ángeles de amor, magistrales educadores de la humanidad. ¡Que re-versión! ¡Qué revolución trae consigo la vida bella de la infancia –...que no cognitiva, ni evolutiva! Infancia –enigma incapturable. Espíritu libre, libremente creativo. Espíritu de Amor, sin condición. Sí, amor incondicionado es la infancia: he ahí la gracia. Gracia, hermosa verdad. Belleza en la que brilla el corazón infantil. Maravilla estelar con la que relumbra la luz –del amor. Oro puro del espíritu. Oro puro que desde la altura, baja del azul “a danzarnos en la luz”, como poetizara G. Mistral (2004, p. 90).

“Dar Poesía a la Poesía”

Los niños son poetas; y las niñas, artistas de la palabra: por ello su vida es maravilla, por ello viven de maravilla. Poetas, creadores(as) de belleza, justo, advertíamos antes, porque pre/sienten el misterio, el portento, el prodigio del todo, de la vida. Y dado tal presentimiento lo

propio de la infancia es la admiración originaria. Niños y niñas como los poetas sienten su vida suspendida, su vista enredada en las hojas de los árboles, en las gotas de agua. Ellos(as) no cierran sus ojos ante la maravilla natural, como los filósofos y científicos racionales –quienes de pronto van en busca de otras hojas, de otras gotas en aras de clasificar, jerarquizar. Ellos(as) no se lanzan a buscar el trasunto ideal –como bien señaló Zambrano (2002) en relación con los poetas-, ni se disponen a subir con esfuerzo la vía que lleva del simple encuentro con lo inmediato hasta aquello permanente, hasta lo idéntico.

Niños poetas, niñas artistas son, porque (trasladamos para la infancia el decir de Zambrano para los poetas) “fieles a la primigenia admiración, no la desgarran jamás, porque la cosa misma se fijó en ellos, está impresa en su interior” (2002, p. 17). Sí, ese poseer dulce e inquieto que no calma –y no basta, se llama poesía. Esa dulzura e inquietud juguetona se llama infancia. Y tal ‘posesión’ no es buscada, perseguida por los poetas, ni por niñas y niños. Ésta se regala a ellos por gracia. Efectivamente, niños, niñas, poetas, no buscan: encuentran. Ya decía Zambrano “la poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia” (2002, p. 14) Esto a diferencia del afanoso camino, del esfuerzo metódico que tiende a capturar algo que no se tiene y que se necesita tener. De ahí el impetuoso rigor de la ciencia, de la filosofía –del pensamiento epistémico, metafísico, representacional, calculador.

Con Zambrano encontramos que la vía regia del pensamiento –adultocéntrico, acentuamos aquí– es impulsada por su violento “amor” a lo que busca, de ahí el abandono a la superficie del mundo, a la generosa inmediatez de la vida. Generosidad no inadvertida por la infancia. Por ello, otro es el camino de los poetas-niños, por las niños-artistas. Ellos no renuncian, ni apenas buscan (tal cual lo hace la ciencia, la filosofía epistémica, que exprime, explota de manera implacable, casi cruel *lo que es*), porque tienen “un mundo abierto donde todo es posible” (Zambrano, 2002, p. 18).

La infancia es asombro, maravilla, perplejidad permanente. Experiencia sin límites, porque los niños como los poetas no buscan claridad, seguridad, conquista firme, verdad compacta, absoluta, lógica o experiencial –que en nada se apoya. No, niños, niñas y poetas no cuentan con el pensamiento de la violencia por la verdad. No, la verdad de niños, niñas, es aquella que va más allá del pensamiento, es aquella que sólo se revela –por la belleza poética. No, no, no es aquella verdad

de-fin-ida, con identidad ante todo. Al contrario, niñas-artistas, niños-poetas viven el todo en su multiplicidad, en su heterogeneidad. De ahí el latir asombrado y ‘disperso’ del corazón de la infancia, y del poeta. “Mi corazón latía, atónito y disperso”, escribió Machado, recordamos con Zambrano (2002, p. 21).

No, lo propio de la infancia no es la urgencia de la filosofía, de la psicología del desarrollo y del pensamiento cognitivo. Lo propio de los niños (trasladamos aquí otro decir filosófico para apreciar, por nuestra parte, a la infancia), no es “...la violencia terrible que... hace romper las cadenas que... amarran a la tierra y a (los) compañeros” (Zambrano, 2001, p. 20). Ruptura –legalmente justificada por la ansiedad de poseerlo todo, todo, lo cual es imposible. En similitud a la poesía –la infancia (extendemos aquí nuevamente el decir filosófico-poético de Zambrano), “no ejerce violencia alguna sobre las heterogéneas apariencias y sin violencia alguna también logra (vive) la unidad; (a)l igual que la multiplicidad le es donada por gracia” (Zambrano, 2002, p. 22).

Sí, la infancia es poesía y como tal es música en la que suavemente resplandece la unidad –de fugaces instantes de creación. Unidad realizada, unidad de creación. Unidad de lo más tenue, lo más alado, lo más distinto de cada cosa, de cada instante. Unidad siempre incompleta, siempre humilde como el poeta, como el niño. El pensamiento filosófico, epistémico–adulto- en cambio quiere la unidad porque lo quiere todo. El poeta-niño, no quiere propiamente todo... quiere cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción, ni renuncia alguna. Todo *lo que es vida para niños y niñas* (como bien pensó Zambrano, respecto de los poetas) “no es la cosa conceptual, sino aquella complejísima, real, fantasmagórica, soñada, inventada *la que hubo y la que no habrá jamás*” (2002, p. 22).

Niños, niñas como los poetas son creadores porque no temen a la nada, más aún, porque sacan <de la nada a la nada misma>. Ellos a diferencia de los grandes pensadores no desean el saber que se busca –para poseerlo, abarcarlo, dominarlo- y que poco ampara la vida humana. El pensamiento ha hecho creer que tiene la verdad, la unidad. ¡Soberbia de la filosofía!, decía Zambrano. Soberbia de la epistemología, arrogancia vacía de la adultología –sugieren las letras de *el Principito* de St. Exúpery. El niño-poeta no cree en la verdad –no en esa que hace presuponer que hay cosas que son y cosas que no son. Él ama la verdad, como el poeta, no excluyente, no imperativa, no electora, no seleccionadora.

¿Será por ello que la filosofía racional, la psicología del desarrollo, del pensamiento al pre-ver que la poesía se le escapa, que la infancia es lo incapturable, la excluye, la confina al ‘subdesarrollo’, a la prehistoria? Sí, hay algo en lo humano que no es razón, ni ser, ni unidad, ni verdad, la verdad quieta, hermética, no lo puede entender, menos aún contener. La infancia, la poesía contienen la verdad primigenia, el vacío primordial, el todo... porque son vida, gracia, bondad. Belleza, sin par.

“Los niños son poesía; y hay que *dar poesía a la poesía*, como hay que dar amor al amor” –apreciamos, por otra parte, con Gloria Fuertes (2009). Ellos crean poesía, cuando juegan a pintar, a esculpir, a hacer música, a hacer ciencia traviesa, a pensar desde la propia filosofía. Pintores como Franz Cizek han reconocido el encanto, la expresividad y la dulzura de la pintura de los niños. Los niños son artistas. Artistas que vuelan, que invitan a volar con la imaginación. Son fantasía que redime. Sí, “los niños son como los pájaros, por eso el mejor maestro para el niño es el poeta; porque el poeta también es un niño que se pasa jugando con el arcoíris de su voz, para que todos los niños se acerquen al fondo de su aliento, a beber su música” (Atahualpa, en Puentes, 2004, p. 3).

Los niños son los grandes maestros –en este mundo-, han venido a enseñar, sin imponer. Ellos requieren maestros-niños, maestros-poetas, porque niños y maestros-niños-poetas, no sólo pre-sienten el misterio, la gracia de la vida, no sólo sienten su maravilla, sino que creen, viven en ella. Ya hemos encontrado con Pessoa –y ahora con Ortega y Gasset- que “el mejor hombre no es nunca el que fue menos niño, sino al revés el que al pisar los treinta años encuentra acumulado en su corazón el más espléndido tesoro de su infancia” (en Puentes, 2004, p. 3).

Atmósferas poéticas en las aulas, atmósferas de libertad para crear, en los espacios en los que la vida de niños y niñas irradia, son las que corresponderían (en lugar del aula-laboratorio que redujo al niño a simple objeto-sujeto de estudio) en la academia. Jacques Prevert en *Tarea escolar*, recuerda: Puentes, nos deja pensar en esa posibilidad al referir un suceso singular en una clase de matemáticas en la que el maestro recita la lección y, entonces, “<un pájaro lira pasa por el cielo>, y un niño lo ve, lo oye y le dice: <sálvame / juega conmigo / pajarillo>”. Citamos aquí completa la referencia poética de S. Puentes (2004, p. 11) a Prevert.

“...El niño ha escogido al pájaro
en su pupitre

y todos los niños
 escuchan su canto
 y todos los niños
 escuchan su música
 y ocho y ocho desfilan a su vez
 y cuatro y cuatro y dos y dos...
 Y el niño lira juega
 y el niño canta
 y el profesor grita...
 Pero los demás niños
 escuchan la música
 y las paredes de la clase
 se desploman tranquilamente
 Y los vidrios vuelven a ser arena
 la tinta vuelve a ser agua
 los pupitres vuelven a ser árboles
 la tiza vuelve a ser acantilado
 y el portaplumas vuelve a ser
 pájaro."

Maravilla poética la posibilidad de que el aula se expanda, quebrante sus paredes y sea auténtico espacio para vivir, para ser en libertad. Puentes, respecto de la elección del niño de Prevert, de su canto y del desplome tranquilo de la cuadratura áulica, dice "todo recobra la magia del ser primero por la poesía de un pájaro portador de un mensaje de belleza y libertad que permitió que los niños olvidaran su aula-jaula" (2004, p. 12).

Como el niño-lira aquí imaginamos el desplome del aula escolar, y su conversión en un espacio ya no cuadrado, ya no limitado, ya no de observación, repetición, vigilancia y control, sino en un lugar sin-lugar, un espacio poético, una atmósfera abierta a las inmensas posibilidades de niños y niñas para crear –en libertad. Imaginamos espacios abiertos por y para niños-as, artistas en los que puedan expresar toda la riqueza, la maravilla de su vida interior. Espacios envueltos por tonalidades musicales que inspiren, que contagien la posibilidad de crear –belleza, sin igual. Espacios llenos de recursos para pintar, para esculpir, en los que las manitas de los niños, puedan ilustrar su color. Espacios abiertos para danzar, bailar, escenificar, para trazar saberes científicos, filosóficos, tecnológicos... auténticos. Espacios abiertos para que la espontaneidad, el entusiasmo infantil expandan su luminosidad.

Espacios poéticos en los que las letras sean los juguetes sonoros y coloridos de niños y niñas. Letras poéticas que ellos pueden volver danza, vuelo, flor. Letras de luz y color; letras de encanto y sol... abiertas a los sueños en multiplicación. Si la infancia es poesía, hay que darle poesía, belleza, dulzura. Poesía que vuelque su mirada hacia las estrellas, recobre el encanto de la fantasía y les haga irradiar todo el amor y la belleza que alberga su tierno corazón. Niñas y niños aman la fantasía, escuchan el sonido de cascadas metafórico-alegóricas, aprecian su resplandor y fragancia, y su corazón canta, canta de alegría.

Dar poesía a niños y niñas –es lo que corresponde para quienes nos recuerdan, a cada instante, con la magia de sus juegos, la dulzura de su alegría, el amor de su sonrisa, que la poesía no es espejo para la autocontemplación, sino el destino de nuestra realización. Ya lo decía hermosamente O. Paz, en *El Arco y la lira*. Destino que se inicia en la infancia, destino de ritmo y rima, de arte y vida. Con la poesía los niños, las niñas se reencuentran una y otra vez en la magia, que permite la alquimia del lenguaje; magia que hace resonar en palabras sencillas su propia calidez: la brillantez de su corazón. Dar poesía a niños y niñas es situarles en un manantial de posibilidades, incalculable, infinito.

Dar poesía a la infancia es vital. “El poema es como el agua, elemento vital, conocido del niño desde su concepción en el vientre materno, inductor de peligros y aventuras, magia centelleante en el rumor de olas y cascadas, sustancia fácilmente moldeable y a veces inasible. Y en medio de ese líquido elemento: el niño. El niño en su isla fantástica construida en el poder de la palabra. Y en esa isla un árbol que le permite al niño ascender hasta el cielo y habitar su nido-casa en las ramas más altas” (Puentes, 2004, p. 3). La palabra es la morada del poeta-niño, del niño-poeta. Y ésta es fantástica. Y lo fantástico es el arte de trascender la angustia de este mundo. Y sí, niño y poeta metamorfosean sus necesidades primarias dan expresión a sus anhelos y vuelan con ellos.

La infancia es poesía, poesía es infancia y belleza. Poesía, infancia, belleza; libertad. Si, niños y poetas se ven atraídos por el lenguaje dada su posibilidad de juego imaginativo, dada la libertad que en él advierten. Sin la libertad, sin la belleza que sería de los niños. ¡Qué sería de la belleza, de la libertad, sin la infancia –de la humanidad! La belleza, la libertad es lo propio de la poesía, es lo propio de la infancia. Belleza, libertad e infancia se unen en el amor que les integra. Niñas y

niños vienen al mundo por él, porque son amor, y vienen a irradiarlo – sencillamente por amor.

Dar poesía a la poesía es dar amor al amor. Es corresponder al magisterio –de la niñez para el mundo. Niños y niñas son Maestros de Vida, y su enseñanza para el mundo es sutil, tiene que ver con la posibilidad del amor... para la humanidad. La posibilidad de que el hombre deje de caer de bruces una y otra vez, enterrando su vida en el polvo oscuro, y en su lugar levante su mirada al cielo, y (se) reencuentre (en) la luz de las entrelas. Esta es la sencilla enseñanza de la infancia como poesía cómico-amorosa. Poesía que transmuta el materialismo de este mundo. Por ello si que cabría dar poesía a la poesía, cabría respetar, honrar –en lugar de maltratar- la infancia, sencillamente porque en ella está la posibilidad de transformar el mundo, de recrear la historia.

Dar poesía a la poesía es de trascendental importancia, porque la poesía crea mundo, otorga a la comunidad humana el porqué vivir, el porque de la vida. Ya decía J. Martí, “la poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta le proporciona sal, el medio de subsistir, mientras aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida” (Martí, 1975, p. 135). Niños y niñas son vitales en el mundo, porque ellos vienen a renovarle –en todos sentidos. *Dar poesía a la poesía* es retribuir un tanto a la vida –que es juego, sueño, encanto, maravilla. Vida que es creación. Creación que es vida.

Vida, creación; *poíesis* que es función lúdica –al decir de Huizinga (2005)-, desenvuelta en el juego del espíritu, un mundo propio que la sensibilidad crea. En él la vida no es corriente, ni lógica, porque ahí la vida: “se halla más allá de lo serio, en aquel recinto, más antiguo, donde habitan el niño, el animal, el salvaje y el vidente, en el campo del sueño, del encanto, de la embriaguez y de la risa” (López, 2008, p. 2). Para comprender esta vida hay que ser como *El Principito*, es decir, hay que retornar a la infancia, reencontrar el alma de niño, envolverse con ella, y preferir su sabiduría a la del adulto. ¿Querriamos regresar, recuperarnos como humanidad al imbuirnos de la imagen prístina de la poesía –que es la infancia?

La Vuelta a la Infancia

No hay duda, si la humanidad volviese la mirada hacia la poesía que es la vida de niños y niñas, se encontraría con el misterio profundo que le envuelve. Y, tal vez podría recuperarse. Sería maravilla reencontrarse

con el enigma de la infancia, con la gracia que es la vida de niños y niñas. La historia del desierto humano, entonces se recrearía, transfigurándose, como ya anticipamos, en un manantial de sentido. En la sobreabundancia y sobreplenitud de la donosura personal, en la mirada cálida procedente del corazón, en el asombro frente al misterio de todo *lo que es*.

El reencuentro (en y) con el enigma, el misterio de vida de la infancia haría que la humanidad adulta hallará al fin lo que le falta a <su máquina>, o mejor dicho a su vida. Y ¿qué le falta a la vida adulta? Sencillamente, vida. La mirada pura, limpia de los niños confronta al mismo biopoder, muestra su sinsentido. Si, esa mirada (como la de *El Principito*) que es capaz de ver corderos dentro de una caja pintada en un papel... puede devolver a la humanidad hacia aquel valor que es más importante que el precio, hacia la valentía de respetar la infancia frente a la voluntad de poder y de saber sobre ella. Fantástica enseñanza la de un niño que puede ver *lo que es*, con amor.

La noche desértica de la humanidad desaparece al romper el día de la infancia, al iluminarse con la salida del sol que llega con el nacimiento de niños y niñas en esta tierra. Ciertamente con el cuidado de los niños y niñas que nacen cada día, la vida de la humanidad adulta “se llena de sol” (trasladamos aquí estas bellas palabras de aquel zorro amigo de *El Principito*). Y la comunión de la amistad entre la humanidad y la infancia, el encuentro, la presencia de niños y niñas en el mundo hace que éste se llene de luminosidad y color. La ternura de la infancia disipa la soledad, la desolación, la tristeza del mundo. “Vuelvo a ti, mi niñez como volvía / a tierra a recobrar fuerzas... / De mi vida en la senda eres la guía / que me apartas de todo devaneo, / Purificas en mi todo deseo / Eres el manantial de mi alegría” (Unamuno, en Chaguaceda, 2008, p. 23). Sí, es Unamuno, quien volvía.

La infancia es belleza, júbilo, alegría, que deja apreciar todo *lo que es* –vida, con el corazón. De recuperar esta posibilidad la humanidad tan llena de vacío, tan apegada a la razón (económica-política y epistémica) –cuál si fuera su único y último asidero-, podría volver a ver, al fin, lo esencial. Justo aquello que es invisible a los ojos, porque sólo se ve, al decir de *El Principito*, con el corazón. La humanidad sobrevive asida a un motor fracturado. Motor-artefacto *ad hoc* al sinsentido, porque el sentido, lo esencial se crea (en él, y) con el corazón. La mirada limpia, serena, tierna de niños y niñas, siempre será una lección *de corazón*.

Sólo se ve bien con el corazón ésta es la gran enseñanza para el mundo, por parte de la infancia cual poesía que canta. ¿Por qué no corresponderle? Acaso, cabría imaginar una psicología (o en conjunto unas ciencias sociales), por ej., que dejase(n), entonces, de estudiarles como simples sujetos-objetos de estudio. Cabría dejar de lado, entonces, la tesis, “niño en desarrollo”, proposición científica que violenta su integridad, su dignidad. Cabría dejar atrás, muy atrás la consideración del niño como capital en potencia. Cabría pensar porque *El Principito* no pudo quedarse en los mundos de quienes simplemente le vieron como “un súbdito”, “un admirador”, “una pesada molestia”, “un explorador”.

No, no, no, niños y niñas no vinieron a este mundo para ser valorados por la utilidad que se puede obtener de ellos-ellas. El drama del mundo de las cifras, las consideraciones utilitaristas, superficiales, las investigaciones científicas que vinieron a situar al niño como simple objeto de estudio, no corresponden a la integridad de la infancia. Y, por más que el biopoder artificialmente <cultivase cinco mil rosas en un mismo jardín, no encontraría lo que busca [en la infancia]>, parafraseamos aquí palabras de A. de Saint Exúpery. Lo esencial es invisible a los ojos epistémico-racionales de la ciencia, de la biopolítica y de la economía desleal intrínseca a la trama y drama del mundo adultocéntrico.

No, la infancia no es masa informe, o reservorio biopolítico. La infancia es poesía incapturable. Es la serenidad de lo inacabable. Volver la mirada hacia la infancia, es apertura a lo invisible. Es la mirada que vuelca al interno recinto del corazón. Y este descenso a lo originario nos lleva de vuelta a aquel momento que no sabe de tiempos pasados, ni futuros. Nos reubica en el acontecer puro, en la hermosa epifanía del instante –lo cual bien previó Rilke. Justo ahí en el “...espacio intermedio entre el mundo y el juguete, / en (el) lugar que desde el principio / fue fundado para el puro acontecer” (1987, p. 84).

Ese lugar buscado se lleva en el corazón; justo el lugar que tiene que ver con las más fascinantes alegrías. En la infancia éstas acaecen una y otra vez. A propósito de esta lectura rilkeana, J. Larrosa señala que “los niños viven en una especie de eternidad, como fuera del tiempo, miran lo Abierto como algo aún no organizado en un mundo, aún no dividido y clasificado. Sus vivencias son como un respirar, como una interiorización calma y no posesiva, aún no consciente, ni selectiva” (2000, p. 114). “¡Oh horas de la infancia...!” rememoraba Rilke. Oh, infancia poética lo que has venido a mostrarnos. Oh, niñas y niños del mundo. Oh poetas infantes que pueden <mirar lo Abierto> e imbricarse en su misterio.

Oh, poetas niños, oh, niños poetas –adelantados en cuestiones del alma-, pues ahora sabemos, se nutren de fuentes que todavía no han abierto las ciencias. Menos aún, aquellas que han pretendido estudiarles. Oh, niños artistas, oh, artistas niños. Rilke escribía “¿quién puede mostrarnos a un niño tal cual es?”, y aquí acentuamos su pregunta. Y más aún, la susceptible respuesta, sólo otro niño, sólo un poeta, como bien lo hizo F. Pessoa, quien escribía sobre la infancia no precisamente pensando en ella. “Pessoa siguió siendo un niño hasta que murió, no necesitaba recordar que era niño: vivía nada más. Era un hombre que vivía muy naturalmente, es decir, vivía como niño” (Cervantes, en Fonseca, 2006, p. 6). De hecho el decía que si muriera joven, se le recordara, como lo que siempre fue, *un niño que jugaba*.

En efecto, sólo un niño-poeta puede hablar de otro niño. Sólo un poeta, sólo un creador de belleza, puede hablar con consideración y respeto de la infancia. Y sólo nuestro eterno niño, Pessoa, justo podía decir: “y ese niño tan humano que es divino / es ésta mi cotidiana vida de poeta / y porque siempre va conmigo, / yo soy poeta siempre” (en Fonseca, 2006, p. 35) . Sí, sólo un niño, una niña, puede hablar de otro niño, otra niña, porque cual niño o niña es poeta, es artista. Y porque para dibujar (sí, que no ya teorizar, sino justo poetizar) a un niño, hay que hacerlo con cariño. Gloria Fuertes (2000), justo, poéticamente nos lo muestra en su poema *Cómo se dibuja a un niño*.

“Para dibujar un niño
hay que hacerlo con cariño
Pintarle mucho flequillo,
-que esté comiendo un barquillo-
muchas pecas en la cara
que se note que es un pillo;
-pillo rima con flequillo
y quiere decir travieso-
Continuemos el dibujo
redonda cara de queso

Como es un niño de moda
bebe jarabe con soda,
Lleva pantalón vaquero
con un hermoso agujero;
camiseta americana
y una gorrita de pana
Las botas de futbolista
porque chutando es artista

Se ríe continuamente
 porque es muy inteligente
 Debajo del brazo un cuento
 por eso está tan contento

Para dibujar un niño
 hay que hacerlo con cariño”

Para dibujar, hablar de un niño, *hay que hacerlo con cariño*. Es lo que corresponde para quien es canto de vida, no un pequeño rayito de sol, sino ya, un sol entero –que nos inunda, nos baña con su luz. Para quien es luz, y canta, (apreciamos con Perales, 1986), cual preciosa ave en libertad.

“Yo canto para que me dejen vivir
 Yo canto para que sonría mamá
 Yo canto porque sea el cielo azul
 Y yo para que no me ensucien el mar

Yo canto por los que no tienen pan
 Yo canto para que respeten la flor
 Yo canto porque el mundo sea feliz
 Y yo para no escuchar el cañón.

Yo canto para que sea verde el jardín,
 Y yo para que no me apaguen el sol
 Yo canto por el que no sabe escribir
 Y yo por el que escribe versos de amor

Yo canto para que se escuche mi voz
 Y yo para ver si les hago pensar
 Yo canto porque quiero un mundo feliz
 Y yo por si alguien me quiere escuchar”.

Cabe subrayar también otros versos de esa excepcional melodía, en la que su autor, acentúa: “¡Que canten los niños que alcen la voz / Que hagan al mundo escuchar / que unan sus voces y lleguen al sol / en ellos está la verdad. Que canten los niños que viven en paz / y aquellos que sufren dolor / que canten por esos que no cantaran / porque han apagado su voz” (Perales, 1986). Esta posibilidad es subrayable, urgente -en este mundo. Mundo en el que con todo (y frente a toda tentativa epistemicida, crematística y/o biopolítica), niños y niñas llenan de color porque ninguna fuerza puede quebrantar la luz, la alegría, la paz, la

sabiduría; el inmenso amor que su corazón alberga e irradia. No hay fuerza que quebrante tal poesía.

Día con día el corazón de la infancia sostiene al mundo con su alegría. Día con día el corazón de niñas y niños nos sobresalta con la claridad, la limpidez de su mirada. Con la inocencia de su palabra. Con la bondad, la gracia, la maravilla que es su vida. Con la belleza de ese sueño que es la infancia. Sueño que no sueña, porque es el sueño mismo. Todo un sueño, Ángel Iari, mi corazón precioso. Todo un sueño, Axel Yehudi, mi arcoiris de color. Sueño hermoso tal cual corazón de azúcar y melón –que ellos, y cada niño, niña de esta tierra, *son*.

Palabras Finales

En la tesis o alegoría poética que vibra al fondo de este singular tejido, late también una esperanza. Aquella inherente al anhelo del cultivo de una nueva tierra en la cual la dignidad de la bondad de la vida de cada niño, niña que llega al mundo, pueda apreciarse, respetarse, honrarse. Y, así, nunca más maltratarse, violentarse y/o quebrantarse, ni siquiera indeliberadamente, por estudios epistémico-científico-económico-biopolíticos sobre la infancia. Porque, con todo, la infancia cual enigma incapturable y misterio indescifrable –en su magia, su maravilla, su gracia-, es distante, ajena a todo ejercicio del biopoder. Tanto así, que le transmuta, le trasciende.

La infancia es poesía es el texto de una naciente *Poética de la Infancia*. Poética transmutadora, cuyo trazo actual se teje en reverencia a la poesía que es la vida de niños y niñas de esta tierra. Poesía que es luz de sol, luz de amor –como anunciamos en la introducción. Y, vida, maravilla extraordinaria, prodigio excepcional, admirable belleza, poema celestial; canto de amor a la tierra, al cielo, al sol. Canto que irradia, que inunda al mundo transmutando la tristeza, el polvo oscuro en el que tiende, dadas sus contingencias históricas, a hundirse. Canto de amor con el potencial para transfigurar el desierto humano, en luz, en calor fraternal.

La infancia es poesía es un texto que invita, que convoca, en suma, a honrar, a celebrar la vida de niños y niñas. Vida (vale reiterar) que es belleza, esperanza que sonrío y juega; bondad –bosque mágico, alfombra de seda, piel indarraigable (frente a los embates del mundo) en quien es niño-niña de corazón. Infancia, poesía, vida, belleza; maravilla, gracia que revolotea en la tierra, al ritmo cósmico, estelar. En

otras palabras, esperamos que la poesía que es la vida de niños y niñas haya quedado legible y así quepa impulsar su irradiación. Quepa dejar que niños y niñas llenen este mundo de paz, la que procede del corazón, y lo envuelvan en su juguetona serenidad.

Sí, ojalá quepa dejar que niños y niñas transfieran al mundo su sensibilidad poética, cósmica, cultivable en un corazón abierto, como el suyo, un corazón en el que cabe reencontrar la luz del amor... que también vendría a esta humanidad. Ojalá quepa entonces dejar que con nuestros niñas y niños brille en esta tierra, la sabiduría del amor, aquella que fluye desde cada una de sus células, de sus venas, y así de sus sonrosadas sonrisas para cada habitante, cada congénere, cada caminante en este espacio que *per se* es vital. La esperanza de *la infancia* cual *poesía que canta...* al verde de la tierra, al azul del cielo y al dorado sol, queda aquí, sembrada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRÉCHOM, R. (1999) "Carta a Ronald de Carvalho" En *Extraño extranjero. Una biografía de F. Pessoa*. Trad. B. Matamoro. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTRO, F. (1992). "El corazón de la infancia. Misión poética de Rilke". En *Cuadernos Hispanoamericanos*. No. 499, 1992, pp. 39-50.
- CELAYA, G. (1972) *La voz de los niños*. Barcelona: Editorial Losada.
- CERVANTES, F. (2006) Prólogo del Libro (Fonseca, Rodolfo, Selec de textos) *Pessoa, Infancia sin fin*. México: Ediciones El Naranja.
- De SAINT EXUPÉRY, A. (1943, Edic, 1998) *El Principito*. México: Editora Latinoamericana.
- CHAGUACEDA, A. (2008) *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra III*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- GABILONDO, Á. (2008) *Mortal de necesidad. La filosofía, la salud y la muerte*. Madrid: Abada Editores.
- GARCÍA, A. (2007) "Soy de mi infancia como se es de un país". En *Rev. Punto de Partida*. No. 143, México: UNAM, Fac. de Filosofía y Letras.
- HERRERO, Martha. "La bondad". Generación Net.
- HUIZINGA, J. (2005) *El juego y la cultura*. México: FCE

- FONSECA, Rodolfo (Selec de Textos) (2006). *Pessoa: Infancia sin fin*. México: Ediciones El Naranjo.
- FUERTE, G. (2009) En <http://losrinconesolvidados.blogspot.mx/2009/04/la-poesia-en-el-aula-de-infantil.html>
- FUERTE, G. (2000) En <http://www.guiainfantil.com/servicios/poesias/gloriafuertes.htm>
- LARROSA, J. (2000) *Pedagogía profana. Estudios sobre el lenguaje, subjetividad y formación*. Venezuela: Ediciones Novedades Educativas, UCV.
- LÓPEZ, A. (2008) *Poesía infantil: esbozo de una problemática*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com>.
- MARTÍ, J. (1975) *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MARTÍ, José (2001). *La edad de oro*. La Habana, Cuba: Editorial Gente Nueva, (7ª. reimpresión).
- MEZA, A. (2010) *Viajero del Infinito*. México: Angelic, Gente de México Ediciones.
- MISTRAL, G. (2004) “¿En dónde tejemos la ronda?”. En *Ternura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- MISTRAL, G. (2004) “La luz”. En *Ternura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- MISTRAL, G. (2004) “Los que no danzan”. En *Ternura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- MISTRAL, G. (2004) “Todo es ronda”. En *Ternura*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- NERVO, A. (1969) “Tan rubia es la niña” (fragmento) En *Los mejores cien poemas de Amado Nervo*. Madrid: Aguilar.
- NIETZSCHE, F. (2001) *Estética y teoría de las artes*. Prol., Selec., y Trad. de Agustín Izquierdo. Madrid: Tecnos.
- OCHOA, Enriqueta. “Marianne”. En *Antología Personal*. México: Siglo XXI, Escritores Cohauilenses. Univ. Aut. de Cohauila, 2002.
- PANIAGUA, L. (2007) “Me gusta regresarme del olvido”. En *Punto de Partida*, México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- PAZ, O. (1982) “Poesía de soledad y Poesía de Comunión”. En *Las peras del olmo*. México: Seix Barral.

- PAZ, O. (1998) "Niña". En *Lo mejor de Octavio Paz: El fuego de cada día*. Barcelona: Seix Barral.
- PERALES, J. L. (1986) "Que canten los niños". En el Álbum *Con el paso del tiempo*. Sonic-Music, CBS.
- PESSOA, F. (2000) *Poesías Completas de Alberto Caeiro*. Versión, Prol., y Notas de Ángel Campos. Valencia: Pre-textos.
- PESSOA, F. (2003) *Tren de cuerda*. Antología de Francisco Cervantes y Rodolfo Fonseca, trad. de Francisco Cervantes. México: Ediciones SM.
- PUENTES, S. (2004) "La poesía y el mundo infantil". Olmué Ediciones. En <http://letras-uruguay.espaciolatino/ensayo.htm>.
- REINHARD, Kuhn (2006) "Voci Puerili". En *Corruption in Paradise. The child in Western Literature*. Trad. de H. Bravo, Cuaderno Salmón, año 1, Núm. 3, Invierno.
- REVIEJO, Carlos; SOLER, Eduardo (1997) *Canto y cuento*. Antología poética para niños. Madrid: Ediciones SM.
- REYES, A. (1932) "Sol de Monterrey". Río de Janeiro, Brasil.
- RILKE, R. M. (1987) *Elegías a Duino*, 4ª Edic. Madrid: Editorial Cátedra.
- SABINES, J. (1998) *Antología Poética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHUBERT, Franz (1816) / ALOIS MICHAEL (1955) "Mille cherubini in coro" para la película *Vergi mein nicht* (No me olvides).
- ZAMBRANO, M. (2002) *Filosofía y Poesía*. 4ª. Edición, 3ª Reimpresión. México: FCE.